

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 17 de Junio de 1926

PEQUEÑECES

EL PATRIMONIO DE LOS HUMILDES

La vida del hombre de condición humilde, con su séquito de estrecheces y penalidades, con el ánimo decaído muchas veces, por las privaciones a que su destino le somete, sería del todo imposible si una ley de divina compensación no destruyera el triunfo del dolor sobre el alma y le pusiera muy cerca, muy cerquita del cielo. El humilde, hablando con el lenguaje del espíritu, es infinitamente más feliz que el soberbio. El uno aspira el néctar, el otro la pícoma; al primero todo le halaga, al segundo todo le contraría; he aquí el patrimonio de los humildes, he aquí la inmensa distancia que separa a los hijos de Cristo nuestros hermanos, en sus facetas de carácter espiritual y material siempre en lucha cual inquieto oleaje que lleva en su fondo el germen de la tormenta.

Los puramente materialistas, aquellos a los cuales no alcanza el sentido de lo bello, la fruición, el deleite y desconocen el bálsamo de la divinidad, viven tristes como una hoja seca desprendida del árbol genealógico. El exceso de bienestar, el poderío bajo alguna de sus innumerables formas adormece el espíritu y despierta los apetitos; la codicia acompaña al soberbio en su falso ideal, mezquino en la forma, desagradable en el fondo.

La humilde existencia, por privilegio celestial siente y goza las ternuras del corazón y las delicadezas del alma. Vida simplemente sensitiva y afectiva, abarca de una manera pueril las más grandes manifestaciones de la naturaleza, las más severas leyes del universo a que está sujeta la Humanidad. Nace, crece y muere en la conformidad más absoluta, en la presencia de ánimo más envidiable.

Atendiéndose a la generalidad de la clase humilde (me refiero a la humildad de abolengo, no de atavismo), su expresión es incoherente, le falta estudio para engendrar ideas y emitir conceptos, le falta disciplina intelectual para decir lo que siente, para interpretar de una manera exacta lo que sus ojos ven o admiran; en cambio carece de valor sensitivo para conseguir lo sublime de la vida: un goce y una pena. No pudiendo elevar su frente hacia las altas esferas del saber humano, inclínase a las modestas manifestaciones de las muchas y perfectas de que se compone la vida, de la cual él también es parte integrante, y así, en un estado de semiinconciencia, separa del color los matices, de la flor el aroma, del arte la inspiración, de la doctrina el consuelo, del dogma la inquebrantable fe; de suerte que en su pequeña grandeza vive mecido en la inmensidad oceánica de las virtudes cristianas.

El patrimonio de los humildes es perenne. Si repasamos las páginas de la historia, ellos nos darán ejemplo en todas las épocas. Estudiemos los días en que Nuestro Redentor sembró la semi-

lla cristiana, reconstruyamos los hechos y veremos como la humildad esparció la luz divina en los antros oscurísimos de la conciencia humana. La humildad venciendo a la soberbia cesárea, hiriendo de muerte a la sociedad embrutecida, cambiando la faz del mundo... ¡Y todo con el ejemplo de los primeros humildes de las catacumbas! Pero en aquella época del paganismo, un hombre tenía el corazón impregnado de la Verdad y los diez Mandamientos fundamentales de la Religión; Sócrates, Su vida tuyo de pagana la forma, pero de cristiana el fondo. Este gran filósofo griego consideraba la virtud como una estrella inapagable en el cielo de lo infinito, como una llama divina inextinguible en el paraíso de los hombres.

El mundo ha pertenecido siempre a los humildes, como a los pobres de espíritu el reino de los Cielos. No siendo posible alcanzar con la mano la bóveda celeste, inclínase amorosos a coger una florecilla para ofrecer su aroma a las alturas en honra y gloria de Dios.

ALICIA DAVINS.

¿La mujer elegida?

—Vamos, no estoy conforme; ¿la mujer elegida?

—¿Por qué no?

—Es masculinizarse.

—Usted se ofusca:

—Ilumíname.

—¿De veras? Pues aunque no tenga más que un candil, se lo presto.

—Todo lo nuevo sorprende, y a veces se rechaza sin reflexionar. Y no voy a negarle que esto me ocurrió a mí con el problema del voto, pero, después pensando, deduje que casi era de Derecho Natural.

—Pero no es salirse de su marco.

—Según y cómo lo hiciera. Parece que si los fundamentos de la sociedad—la familia—necesitan de dos impulsos, uno que mande, otro que inicie, del padre que haga por necesidad llorar al hijo y de una madre que lo acaricie y le mime; también la sociedad, gran familia humana necesita de padres y madres que la cuiden. Por eso quizá el amor se había perdido en el mundo, pues aunque la mujer lo derramaba, era muy a la sombra... Y cuando la sociedad estaba hambrienta de amor, cuando hacía falta la misericordia, se llamó a la mujer, que cual hermana de la caridad, suaviza, y cura la llaga, cuando el cirujano corta y raja.

«Se despertó a la mujer, cual otro tiempo la diosa a Wansiaca, diciéndole: «¿Por qué estás en tu lecho negligente, tienes tus hermosos vestidos—cualidades—abandonados y tus bodas se aproximan y en ellas has de ponerte los mejores? Vamos, pues, a lavar tus trajes cuando amanezca el día y yo te acompañaré para terminar cuanto antes, que no serás doncella mucho tiempo, pues te solicitan los principales...

Esto, en el mundo pagano. También en el mundo cristiano un ángel dice a la Purísima doncella: «Prepárate que vas a ser Madre». Contestemos nosotros también al llamamiento y preparémonos a ser maternales en los Municipios, secciones de Beneficencia, etc. No podemos dejar al enfermo, quizá muy grave, sin hermana de la caridad.

—Sí, pero quizá habla usted demasiado de amor, de madres, quizá nos degradamos hablando tanto de corazón, y corazón, como si fuésemos «decapitadas».

—No, señora; si por corazón entiendo sentimentalismo, nervios, neurastenia pura, estoy con usted; pero si por corazón, y supongo que estudió Psicología, se comprende los sentimientos que emanan de unos impulsos nacidos de la voluntad (y ésta no obra, no camina más que por el sendero de la verdad que le proporciona el entendimiento, entonces me crec muy honrada). ¡Ah!, cuando nuestros municipios estén algunas mujeres, las ciudades serán nítidas; las aguas, cristalinas, y la nación será bella y hermosa, quizá con jardines colgantes cual otra Ninive.

—Ya veo, usted quiere que aun dentro del Municipio la mujer tenga distinta misión que el hombre, que el hombre sea el que defienda y rehaga la patria y la mujer que la conserve y embellezca.

Adiós, hasta otra charla.

LA BARONESA DE DULAS.

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRESSE)

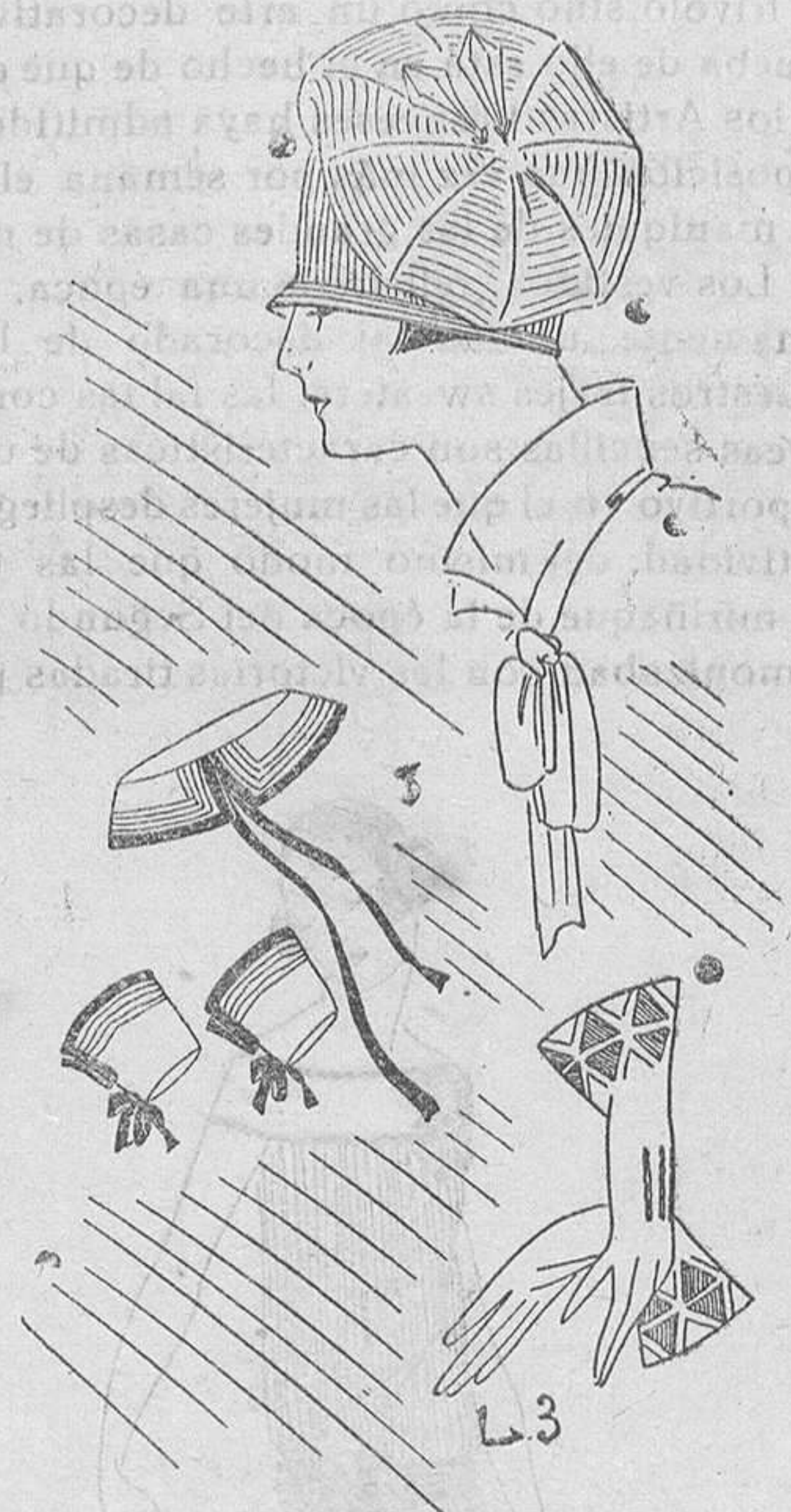
París, Junio de 1926.

Las mezclas de colores

Ya estamos en junio, uno de los meses más gratos del año, ya que la temperatura sin llegar a molestar como en julio o agosto es lo suficientemente templada para poder llevar toillettes veraniegas. A decir verdad hasta este mes no se ven vestidos verdaderamente estivales más que en las colecciones de los grandes modistos... Junio es el mes más mundano de París. Menudean las fiestas y reuniones; en los restaurantes elegantes del Bois se ven los vestidos más nuevos... ¿Y qué decir de las grandes pruebas hípicas que se celebran en Longchamps, Auteuil y Saint-Cloud, y que constituyen ante todo grandes acontecimientos mundanos?

El último domingo del presente mes se correrá el Grand Prix de París, la prueba más famosa del año. Y después empezará el éxodo elegante a las playas de moda y lugares de verano. La capital se despoblará, por decirlo así, hasta mediados de septiembre en que recobrará de nuevo la habitual animación que sólo sufre una interrupción de dos meses.

La moda actual gusta de la variedad de colores. Hemos abandonado por completo aquella limitación de años pasados que era, hay que reconocerlo, bastante monótona. Ahora en cambio no se ven más que sinfonías de colores; algunos de singular audacia. Los contrastes de tonalidades a los que son tan aficionadas las mujeres elegantes de 1926, confieren un indudable sello de distinción, pero deben estudiarse con sumo cuidado para que no se conviertan en una anarquía cromática de mal gusto.



La Unión de matices diferentes es una de las características de la moda actual, y así vemos combinaciones de blanco y amarillo, rosa y malva, gris y marino, etc., etc.

El buen tiempo requiere telas filísticas y vaporosas y a la vez muy decorativas. Privan por lo tanto las muselinas estampadas con divertidos dibujos de inspiración cubista, como las que se obtienen toillettes muy floues de un singular encanto estival.

El verde es uno de los colores que más estimación ha logrado en los círculos de la elegancia femenina. Su gama es muy variada y armoniosa y disponemos en este dominio de toda una serie de lindos matices, verde musgo, verde billar, verde almendra, etc., etc. Una falda será por ejemplo de crespón de rosa verde-oliva, y la vareuse verde almendra, con una corbata de la misma tonalidad.

El negro no desaparece por completo. Sigue componiendo delicadas toillettes siempre que vaya realzado por una nota clara.

Hemos visto un delicioso vestido de terciopelo tanagra negro abierto sobre un encantador chaleco de crespón blanco. La guarnición es de bordado de oro y va dispuesta en un fondo de otomán blanco.

Ved ahora un smoking de tarde. Es de ras negro sobre falda plisada. El chaleco, muy trabajado, puede ser de otomán o de tela de jouy.

El violeta es otro de los colores que conquistaban los sufragios de las mujeres chics.

Hemos admirado en una de las últimas colecciones de una casa del Faubourg de Saint-Honoré un vestido de crespón georgette parda bordado de plata y adornados con numerosos plieguecitos muy finos. La cintura es de plata y lleva pequeñas coronas de rosas, verdes y plata.

Los fabricantes de tejidos no regatean esfuerzos para servir la incesante evolución de todas las modas y crean todas las temporadas atractivas novedades. Una de las telas nuevas mejor acogida es el crespón *chin chin* primoroso tejido de seda que recuerda el grueso crespón de china.

La capa sigue llevándose mucho con los vestidos de noche, pero las de verano son de muselina y por lo general llevan una esclavina corta que puede quitarse a voluntad. Las capas actuales tienen un corte en forma muy original que determina un gracioso movimiento de amplitud, pero sin dejar de respetar la esbeltez de la silueta.

Los vestiditos de sport, sencillos y prácticos, gozan asimismo de gran predicamento. Se pueden llevar lo mismo para jugar al golf o al tennis o simplemente para dar un paseo cuando se está en el campo o en la playa.

Hay que pensar también en los sombreros, porque en esta época procedemos a la renovación total de la toilette hasta en sus menores detalles.

Los sombreros siguen las huellas de los vestidos por lo que respecta a la gran variedad de formas y colores y llevan muchos dibujos y motivos de fantasía muy nuevos. Los sombreros de forma bofia, de gros-grain guarnecida con alfileres de cristal tienen mucha aceptación, y otro tanto se puede decir de las capellinas de picot de carácter práctico guarnecidas con diminutos botones de metal.

Sweaters y blusas

Ya no se considera la moda como un género frívolo sino como un arte decorativo y la prueba de ello está en el hecho de que el Salón de los Artistas Franceses haya admitido en su exposición una vez más por semana el desfile de maniqués de las grandes casas de moda.

Los vestidos, reflejo de una época, van íntimamente unidos al decorado de la vida. Nuestros trajes sweaters, las faldas cortas, las líneas sencillas son características de un siglo deportivo en el que las mujeres despliegan gran actividad, del mismo modo que las toilettes de miriñaque de la época del Segundo Imperio armonizaban con las victorias tiradas por her-



mosos caballos que bajaban majestuosos por la avenida del Bois a la hora del crepúsculo.

Los modistos actuales cuentan con la colaboración de verdaderos artistas, y ello se advierte claramente en las alianzas de colores que aparecen dispuestos con indudable buen gusto y originalidad.

Dentro de esta tendencia se hacen sweaters muy divertidos, pintados con tonalidades de camuflaje inspirados por artistas decoradores de vanguardia. Las mujeres que prefieran el estilo clásico se decidirán por el sweater rayado, que se ha de llevar mucho en la playa y en la montaña.

Ya el invierno pasado vimos en Chamonix casacas de ante en tonalidades vivas como verde jade o gamuza, pero esta temporada la novedad consiste en mezclar el jersey con el ante. Esta piel constituye originales guarniciones en los puños y en la cintura.

La blusa que tanto gustó a nuestras madres vuelve del destierro. A ello ha contribuido poderosamente la creciente boga de la hechura sastre. Claro es que aun se ven en las colecciones conjuntos y abrigos rectos azul marino forrados de fular claro, pero la mujer que trabaja o tiene que llevar una vida muy activa encuentra que el traje sastre es más práctico. Y además se puede variar el aspecto del traje sastre cambiando de blusa con alguna frecuencia. El modelo corriente de blusa es el que lleva el canesú plisado guarnecido con un jabot. A menudo el cuello es recto y cortado como el cuello del hombre y se lleva por lo general una corbatita de lazo y puño de fantasía. Se puede dar una nota original a la blusa por medio de algún efecto de bolero. La espalda flotante da un movimiento muy gracioso.

En cuanto empiecen los grandes calores harán su aparición las casacas de piqué blanco o lienzo de color, rectas, de corte sencillo, a tornadas con un festón de tela diferente.

Un conocido modisto de la rue de la Paix presentó últimamente un traje smoking, cuyo cuerpo de seda blanca ribeteado de negro, con

hebillas para ajustarlo por detrás, era completamente idéntico al chaleco que usan los hombres de noche.

Debemos señalar una singular novedad: la de las blusas que entran en la falda y acortan sensiblemente el talle. Veremos al fin la cosa más desconcertante y milagrosa (que diría Madame de Sevigné) es decir que el talle ocupa su lugar natural?

CUENTO

BOBY

Todos lo queríamos en la casa. Era uno de esos perros «de agua», grandes y de abundante piel suavísima. Ya hacía tres años que vivía con nosotros. Uno de mis hermanos mayores lo había llevado una tarde. Aun me acuerdo de la cara de él, de súplica; y de la de mi madre, de indignación, cuando lo vio llegar.

—¡No quiero perros en la casa!—le dijo ella, enfurecida.

—Si es un pobre perro muy bueno, mamacita—intercedió él.

Mi madre iba a responder algo, colérica, pero Bobby, como si hubiese comprendido el significado decisivo de la escena, se le acercó al traje coleante, y cariñoso y envolvente como una pequeña ola marina. Y hasta ella se rió.

Bobby, desde entonces, fué como otro miembro de la familia. Poco a poco su cara benévola había vencido las últimas resistencias. Porque no era Bobby de aquellos perros que sólo confirman cada vez más su atavismo de guardianes ladrando a todo el que pasa antipáticamente sin cesar y siempre como en la actitud de vigilar algo. Bobby era casi melancólico. No era el perro cuidador; era el perro amigo. Se le podía haber llamado Juan, Carlos o Manuel. Así lo comprendían todos en la casa. Y mientras las mujeres lo acariciaban delicadamente como a un hombre, todos los demás en los íntimos almuerzos familiares partíanle del pan y siempre algunos de mis hermanos pequeños le bajaba disimuladamente su plato con algo. Pero no se crea por esto que Bobby era como la generalidad de los perros, pedigüño y sinvergüenza. Precisamente en no serlo estaba su encanto.

Pero Bobby no era a mí al que más quería en la casa. Todos desde el primer momento habían notado su predilección por Ernesto, mi hermano estudiante de medicina. A su cuarto repleto de libros y con luz de pantallita verde sobre la calavera de su escritorio, se iba siempre. El ambiente intelectual y abrigador de la estancia lo atraía. Y cuando Ernesto estudiaba por las noches, él se pasaba las largas horas meditando en un rincón. A Ernesto por su parte no le había desagradado este compañero nocturno y más bien se empezó a enternecer.

Por eso siempre cuando se hablaba de la nobleza de los animales él recordaba a Bobby para acabar, sonriente e irónico, con esta frase de Shopenhauer: «si en el mundo no hubiese perros, más me valiera no haber nacido.»

Así transcurría el tiempo, tranquilamente. Hasta que un día amaneció Ernesto enfermo. El médico al verlo diagnosticó una pleuresía. Todo fué entonces alboroto en la casa. Y hasta Bobby, como comprendiendo la desgracia, arrufado el hocico, andaba sumido en pena por los rincones. Pero, lo curioso fué que a Ernesto por una de esas manías de los enfermos, le dió por no separarse del perro por nada. Y lo quería tener a todo momento junto a la cama. Mi madre intervino para que lo dejara,

pero la disuadió el médico con desaliento. Y fué para todos desde entonces el cuadro más conmovedor ver a Bobby sentimental y con ojazos de niño triste al pié de Ernesto agonico.

Por fin, murió Ernesto una mañana. Pasó la ceremonia del entierro con sus coronas, sus tarjetas y sus lágrimas. Y nadie pensó más en Bobby. La muerte del hermano llenaba todos los sentimientos. Sólo después de varios días la desaparición del perro se hizo notar.

Y únicamente ayer sábado que he ido al cementerio con una de mis hermanas que llevaba flores, me he detenido impresionado de repente ante el perro que, muerto, ponía su esqueleto trágico junto a la tumba de Ernesto. Era Bobby. Y al imaginarme al dulce animal llegar vacilante por el dolor, y después de aullar unos momentos al borde de la losa funeraria, morirse poco a poco... humanamente... he sentido, no sé por qué, ganas de llorar.

J. SOLITARIO.

DE COCINA

PATATAS «SOUFFLES»

Son muchísimas las señoras que han comido patatas «souffles» en algún restaurant, y en casa no consiguen freirlas, ni lo conseguirán fácilmente, pues a los del oficio les sucede a menudo lo propio.

Se toman patatas medianas e iguales, clase holandesa amarilla. Una vez mondadas, se cortan iguales de medio centímetro de espesor, y se les enjuaga el agua con una servilleta.

Se coloca la cacerola de freir al fuego; cuando la grasa está muy caliente, se vierten las patatas dentro de la jaula metálica, se sumergen, y cuando están a medio freir, que es cuando al tacto tienen áspera la superficie, se saca la cacerola del fuego y las patatas se retiran de la grasa con la jaula; a los seis minutos se vuelve la grasa sola al fuego y en cuando está caliente se echa, como prueba, una sola rabanada de patata; si ésta se hincha, se colecciona la jaula dentro con las demás patatas, y se hincharán todas a la vez. Se sacan luego del fuego, se espolvorean con sal fina y se sirven. La grasa, para dar buen resultado, debe ser en su mayor parte de aceite de oliva, y el resto grasa de riñón de vaca, cocida y purificada.

EN EL TOCADOR

Para atenuar la transpiración de los sobacos

No debe impedirse por completo la transpiración de debajo de los brazos, pues perjudicaría a la salud, pero se la puede atenuar lavándose por la mañana y por la noche con agua fresca adicionada con agua de Colonia o vinagre aromático.

Para los sudores abundantes en general se recomiendan los baños fríos, en verano, y tibios en invierno.

Para el de los sobacos conviene lavarlos por la mañana y por la noche con jabón astringente, luego se frota con una toalla húmeda y se les seca poniendo entre el brazo y el cuerpo una porción de algodón hidrófilo.

Nunca deben usarse para los sobacos esas desudaderas de caucho o telas impermeabilizadas, pues determinan mayor sudor e irritaciones; debajo del brazo sólo se deben poner batista o un lienzo fino.

Dr. MANNHEIM.

LECCIONES DE COSAS

Fumigaciones perfumadas para habitaciones.—Se emplean principalmente para quitar los malos olores, pero sirven también para la desinfección microbiana, porque la mayoría de las bacterias son muy sensibles a la acción de ciertos productos contenidos en los humos.

- Pétalos de rosa . . . 35 gramos
- Iris de Florencia . . . 45 »
- Estoraque calamita . . . 45 »
- Clavos de especia . . . 20 »
- Canela 8 »
- Flores de espliego . . . 35 »
- Esencia de bergamota . . . 10 gotas

Todas las sustancias se machacan finamente, se echan en un tarro y se agrega la esencia; se agita fuertemente y se tapa.

Para perfumar un aposento se quema un poquito de esta mezcla en un brasero. Su perfume es higiénico y delicado.

Para aumentar el olfato de los perros de caza se les untan las fosas nasales sin profundizar demasiado con hiel fresca de liebre. El tratamiento se repite dos o tres veces en un intervalo de diez o doce días. No debe emplearse sino hiel de liebre recién matada.

Pintura luminosa.—Se mezcla un kilogramo de carbonato de estroncio, otro tanto de azufre, 5 gramos de cloruro potásico, igual cantidad de cloruro de sodio y 4 gramos de cloruro de manganeso y se calienta durante una hora hasta 1'300° centígrados. La fosforescencia es violácea.

Limpieza de las lámparas eléctricas de filamento metálico.—Como el hilo de las lámparas de filamento metálico es más flexible en caliente que en frío, conviene encenderlas para limpiarlas y así se corre menos riesgo de rotura.

Limpieza de cobres viejos muy usados.— Cuando los objetos de cobre están bien sucios que no se limpian con las mixturas usuales, se someten a la acción de un baño compuesto de

- Agua 100 gramos
- Sal amoníaco . . . 100 »
- Acido nítrico . . . 100 »

El ácido se añade a la solución acuosa de sal.

Las piezas de cobre desengrasadas previamente en baño caliente de sosa (50 gramos de sal de Solvay por litro de agua) se lavan con agua y después se sumergen en la mixtura ácida en la que no deben permanecer más que unos segundos. Se aclaran después con agua fría y se pasan a un baño tibio de jabón y se secan en serrín.

El linoleum se queda como nuevo lavándolo y pasándole después un paño mojado en una mezcla bien batida de dos huevos en un litro de agua. Se deja secar al aire.

Si el cabello tiende a encanecerse, no se le debe lavar más que una vez cada seis u ocho semanas; pero se le debe limpiar y fortalecer dos veces por semana con alguna loción en que entren el brótano y el alcohol.

CORRESPONDENCIA

Pedro Roldán —Recibido su artículo; irá en el próximo Suplemento.

Dolorcillas —Esperábamos algo más. Nos ha defraudado V. con el escrito, pero a pesar de todo seguimos creyendo que es V. encantadora. Haga otro ensayo y por poco que nos sea posible le complaceremos.

Virginia — Su apasionado Pablo habrá muerto hace muchos años, muchos, pero usted se conserva tan fresca... Sus versos se parecen como una gota de agua a otra, a un fragmento del canto de Espronceda.

Imp. de M. Sintet Rotger. — Mahón